15

Pequeña crónica de la ciudad

LA VIEJA FUENTE DE ISABEL II

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Hay que insistir, cuantas veces haga falta, en ese viejo y acariciado proyecto de rescatar todo cuanto del Santa Cruz de antaño queda en pie.

Y, también una vez más, el tema de la Fuente de Isabel II queda perfectamente enfocado dentro de sus justos límites en la tan traida y llevada cuestión.

En cierta ocasión propuse fuese el Parque García-Sanabria el lugar más adecuado para que, de una vez para siempre, la centenaria fuente —debidamente restaurada— ocupase un lugar apropiado. Pero, y con toda razón, una de esas personas que en Santa Cruz se preocupan de seguir el sentir ciudadano, rebatió aquella mi idea original. Idea que, valgan verdades, estaba solamente inspirada en lo que, hace ya muchos años, acordó el Ayuntamiento de la ciudad.

Y, repito que con toda razón, mi amigo propone que no es necesario ir privando a los viejos barrios de Santa Cruz de aquellos sus atributos que, cargados de años y recuerdos, sólo a ellos pertenecen. Que no hay razón alguna para que el Parque García-Sanabria se vaya convirtiendo, poco a poco, en una especie de desván donde, debidamente conservadas, se guarden todas las reliquias de tiempos pasados.

Y sí, dí la razón a mi amigo. La Fuente de Isabel II —inaugurada el 25 de agosto de 1845— debe seguir donde está o, al menos, en zona no muy distante de donde hoy alza su mutilada estampa.

Aquella hoy olvidada fuente tiene historia estampada en sus pétreos escalones y ancha pila.

Las exigencias del aumento de población hicieron necesario que fuese también mayor el suministro de agua potable al vecindario. Y el 11 de mayo de 1844 se señaló por el Ayuntamiento santacrucero "la plazuela alta que esta frente al Castillo de San Pedro" como lugar para la colocación de la nueva fuente.

Se encargó de los planos de esta obra a don Pedro Maffiote, natural y vecino de esta ciudad, y persona muy ligada por sus conocimintos y obras a los primeros años del puerto de Santa Cruz.

Y así nos la describe el cronista de la época que, como es lógico, estaba orgulloso de la innovación que para su pueblo esta fuente significaba: "Está fabricada de granito basáltico, de color azulado, dando su frente al Este; y que se compone de un receptáculo, un primer cuerpo de seis columnas del orden toscano, que sostienen el friso, y el segundo cuerpo o remate coronado por las armas de la Ciudad. En los intercolumnios hay cinco cabezas de león de bronce que arrojan el agua. Su costo ascendió a treinta y dos mil seiscientos veinte y nueve reales vellón y cinco maravedís".

Hoy la Fuente de Isabel II añora el agua abundante y retorcida, voluble brazo desnudo, que, como la sangre —sangría de fragua— olía a hierro.

Y el centenario granito, trabajado al sol fuerte de la isla, vibra, chispea, recortado, rotundo y perdurable.

Sigo pensando tiene razón mi amigo. Allí, frente al viento fuerte y libre de la mar, bañada de contínuo por la brisa marinera, la vieja fuente debe continuar. Fue hecha para que el sol acariciase las formas movibles de los chorros de agua cantarina. Para vivir, en su desnudez sin sombra de árboles, una vida fuerte y libre, que no encadenada entre orillas frondosas, entre ecos de flores.

La vieja piedra, trampolín ayer de las aguas de Aguirre, bien merece permanecer a la entrada de la no menos vieja calle de la Marina. Entre el canto contínuo del hierro y el cemento, entre el resplandor del cristal que canta con ecos de sol, deben resurgir los surtidores y el légamo mojado, cobre, oro y verde, que hoy falta en la incolora sequedad del momento. En la incolora sequedad de la fuente que añora la canción del agua rota.